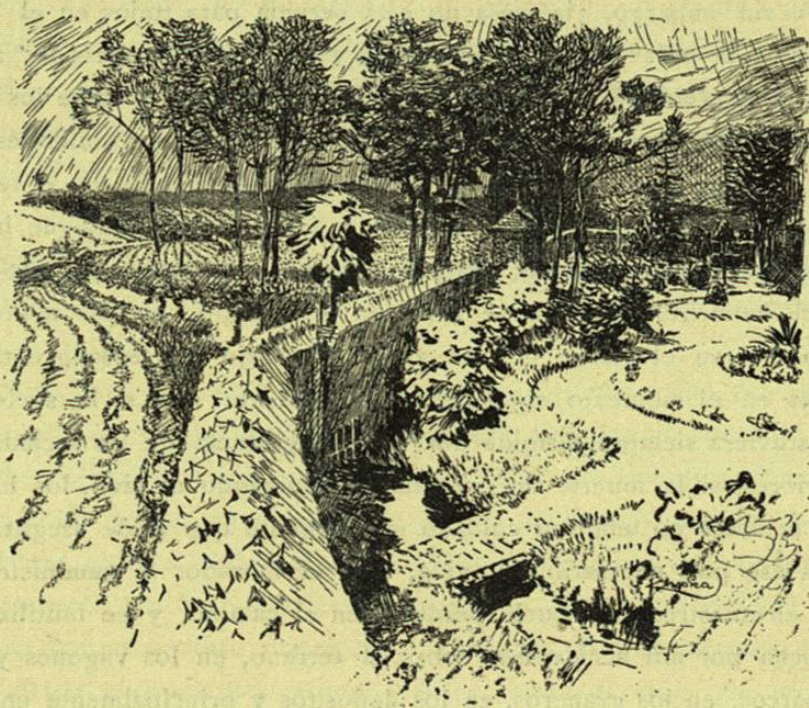


dos y que les asegura, no sólo el monopolio de la tierra y de los productos de la tierra, sino también las fábricas y todas las obras del trabajo humano; sobre todo el poder, el derecho de llamarse los amos y de dominar, en efecto, adulados, respetados y adorados por aquellos á quienes oprimen.



## LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO

*La Producción libre y la Distribución equitativa para todos: tal es la resolución que exigimos al porvenir.*

### CAPÍTULO IX

DESARROLLO RÁPIDO DE LA INDUSTRIA MODERNA.  
PERSONAL OBRERO. — DIVISIÓN DEL TRABAJO. — MAQUINISMO.  
PROGRESOS Y RETROCESOS LOCALES.  
CONSTANTE ESTADO DE GUERRA EN LA FÁBRICA.  
IGNORANCIA GENERAL DEL BIEN PÚBLICO. — COMERCIO; DECADENCIA  
DEL COMERCIO AL POR MENOR. — CARAVANAS, FERIAS, ADUANAS.  
CONCORDANCIA DEL CAPITAL Y DE LAS LEYES.  
FRAUDES PERMITIDOS. — TZIGANOS, JUDÍOS. — PRODUCCIÓN  
Y DISTRIBUCIÓN, COMPRA Y VENTA.

**N**o menos antigua que la agricultura, la industria ayudó rápidamente á despertar el sentimiento de la propiedad personal, puesto que los objetos elaborados por los primeros artesanos fueron considerados ordinariamente como la cosa de su productor, y no podía extrañarse que los conservara para sí mismo ó que los diera á quien quisiera. Pero puede decirse que,

en el conjunto del movimiento económico, la propiedad industrial se desarrolló en las sociedades humanas paralelamente á la propiedad territorial. Allá donde la gleba no se erizaba de puestos terminales ni de cabañas, el barco y la herramienta no eran cuidadosamente conservados y vigilados. Á la propiedad familiar del cercado correspondía la de los muebles, instrumentos y armas que en él se hallaban; asimismo el territorio del clan, de la tribu, del municipio, comprendía sus «pertenencias y dependencias» en objetos de la industria humana. La gran propiedad comprendía, no solamente campos, praderas y bosques, que hubieran debido unir á toda una población, sino que también poseía individuos en calidad de clientes, de siervos, de esclavos ó de mercenarios, y la riqueza de la morada señorial añadía, á las cosechas recogidas en las trojes, ricos vasos, metales y piedras preciosas, telas, tapices y tinturas: el monopolio se hacía sobre todos los productos del trabajo humano.

Los progresos de la ciencia, por una parte, y, por otra, el desarrollo de la navegación y la construcción de caminos permitieron á la industria tomar un singular avance sobre la agricultura. Esta no disponía más que de los perfeccionamientos realizados en algunos grandes territorios, y por extensos que fuesen, por manera inteligente que se hiciera el cultivo, era imposible al propietario extender los límites de su imperio y aumentar la multitud de sus clientes, porque la Naturaleza ponía límites á su ambición. Pero ya el manufacturero de los primeros renacimientos en los municipios y las ciudades libres, en Italia, en Francia, en Alemania, en Flandes, veía en su rededor ensancharse el horizonte; por la compra de las primeras materias podía aumentar indefinidamente los productos de sus talleres y expedirlos de mercado en mercado hasta el fin del mundo conocido; por el crédito ilimitado, disponía de la fortuna de los demás lo mismo que de la suya propia; comerciante no menos que industrial, ó al menos asociado con el tesorero, movilizaba por los préstamos, los empréstitos y las operaciones de banca, todas esas inmensas propiedades que quedaban casi inertes en poder de sus poseedores; por último, mandaba á los reyes y dirigía así los diplomáticos y los ejércitos: se practicaba en el aprendizaje de su futuro oficio, la dominación del mundo.

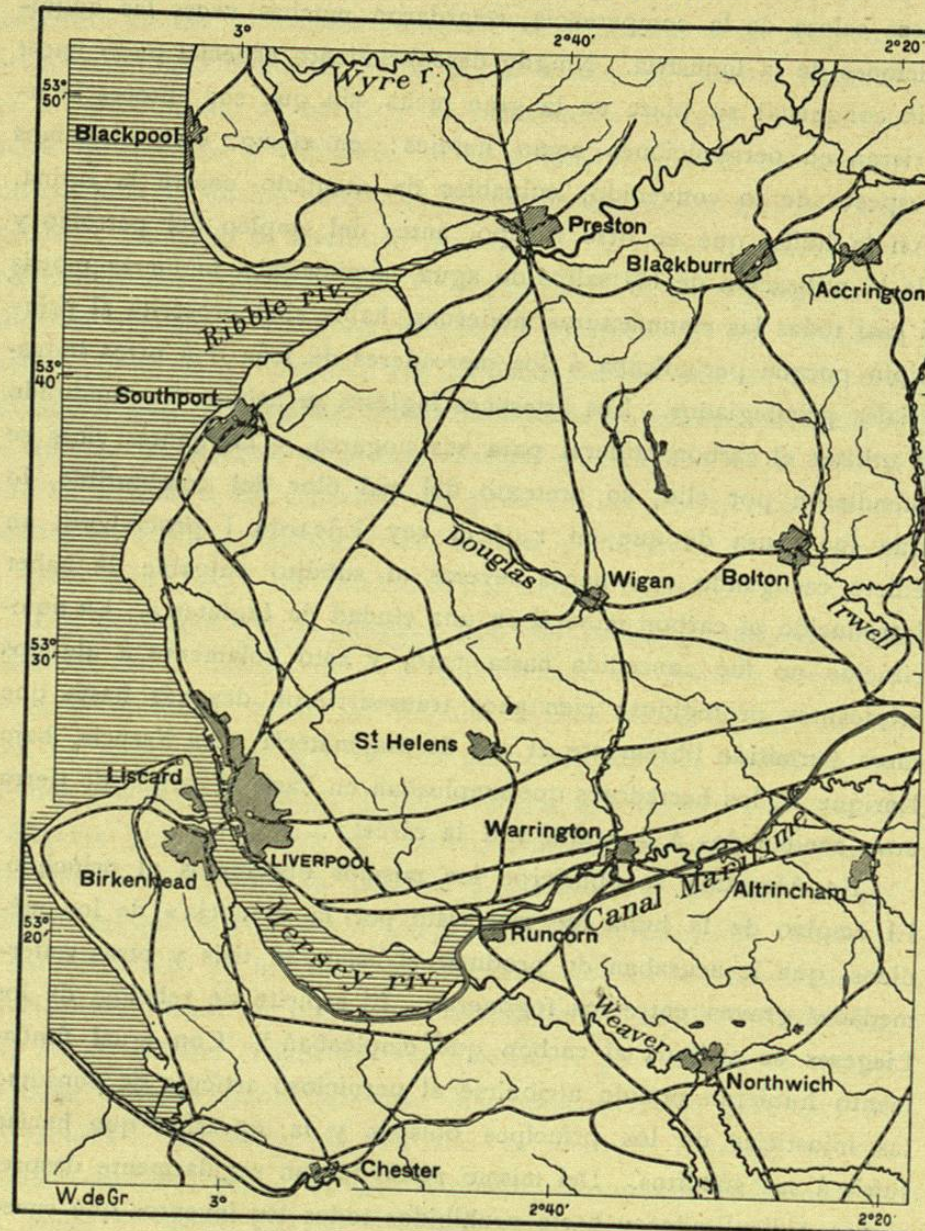
Sin embargo, el odio á lo nuevo, al mismo tiempo que la rudeza celosa de la competencia, retardaron muchas veces las adquisiciones de la industria. Ningún descubrimiento especial pudo nacer sin conquistar su plaza en la gran lucha, sin que sus autores incurrieran en persecuciones como herejes: en efecto, eran blasfemos respecto de lo convenido, culpables de atentado contra la rutina. Así la hulla, que en otro tiempo, antes del empleo del petróleo y de la utilización de los saltos de agua, suministraba la fuerza motriz á casi todas las manufacturas modernas, había sido proscrita al principio porque perjudicaba á los mercaderes de leña ó á otros industriales privilegiados. Los artesanos ingleses se habían acostumbrado á utilizar el carbón mineral para sus hogares, y las gentes ricas se ofendieron por ello, so pretexto del mal olor del combustible, lo que fué causa de que en 1305 el rey Eduardo I promulgara un edicto castigando con penas severas al súbdito culpable de haber introducido el carbón mineral en una ciudad de Inglaterra. La autorización no fué concedida hasta 1340, y esto solamente á algunos fabricantes protegidos; cien años transcurrieron después hasta que fuera permitido libremente el uso de esa materia. En Francia, bajo Enrique II, los herradores que empleaban en París el carbón de tierra eran condenados á la multa y á la cárcel<sup>1</sup>.

En Alemania se opusieron los mismos obstáculos al principio. El empleo de la hulla fué mal visto por la «ciencia» de los médicos, que le acusaban de producir el asma, la tisis y otras enfermedades graves entre los fogoneros. El espíritu de rebeldía de los Liegeses se atribuía al carbón que empleaban<sup>2</sup>. Con igual fundamento hubieran podido atribuirse al pernicioso artículo de consumo las injusticias de los príncipes obispos y la opresión que hacían sufrir á sus súbditos. Del mismo modo fueron regularmente despreciados, ridiculizados y hasta prohibidos todos los inventos que sucedieron al empleo de la hulla, y sabido es cuán difícil fué introducir el uso de los ferrocarriles en los diversos países de Europa occidental, donde los hombres más juiciosos se pusieron de acuerdo para declarar que jamás locomotora alguna subiría una pendiente ni me-

<sup>1</sup> Paul Noël, *Origine et analyse du charbon de terre*.

<sup>2</sup> A. Boghaert-Vacké, *La Nature*, 1.º Enero 1898, p. 71.

N.º 570 y 571. Distrito industrial de Inglaterra:

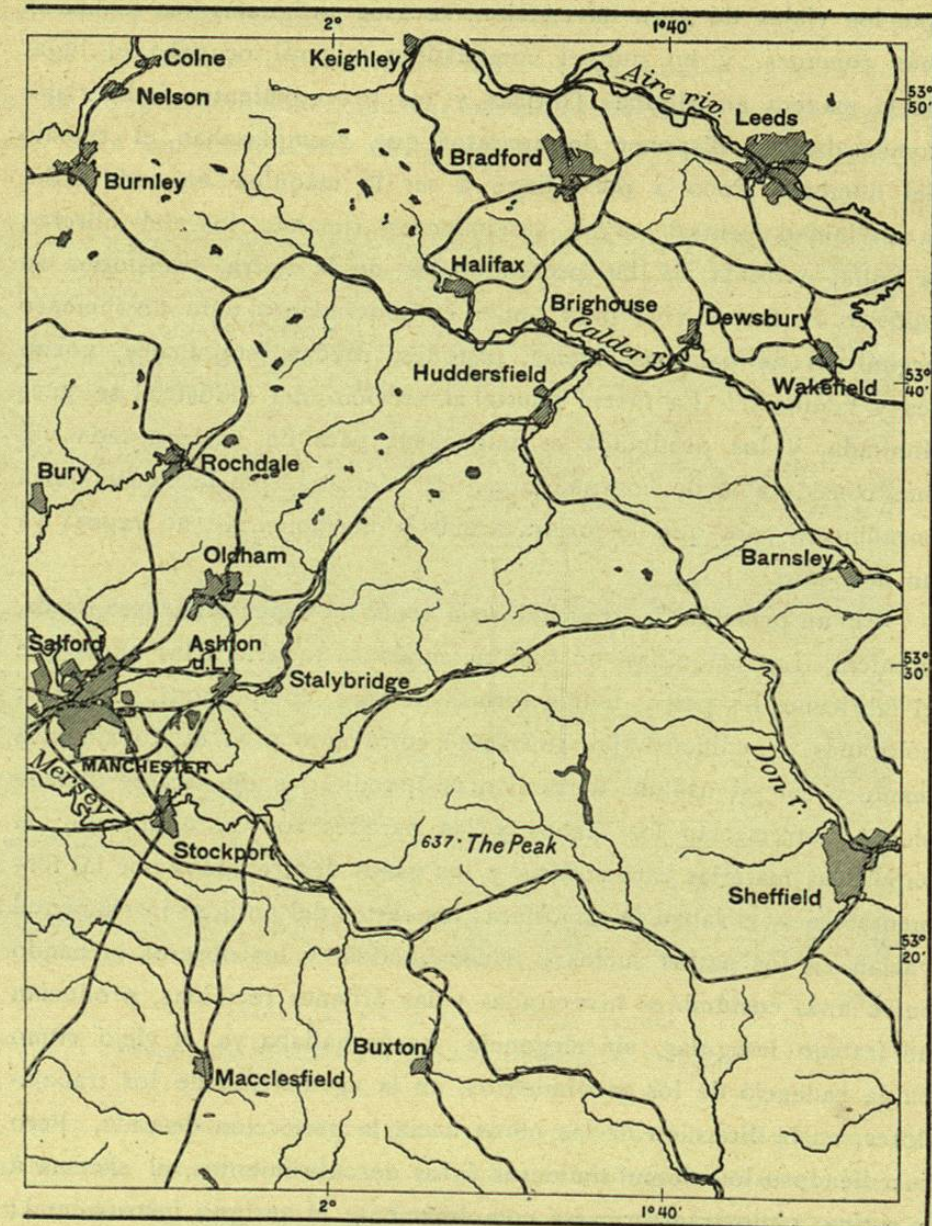


1: 500 000

0 10 20 30 Kil

nos remolcaría tras de sí vagones cargados. Los sabios negaban hasta la misma evidencia, no queriendo dar razón al hecho contra la enseñanza clásica.

Lancashire y Yorkshire occidental.



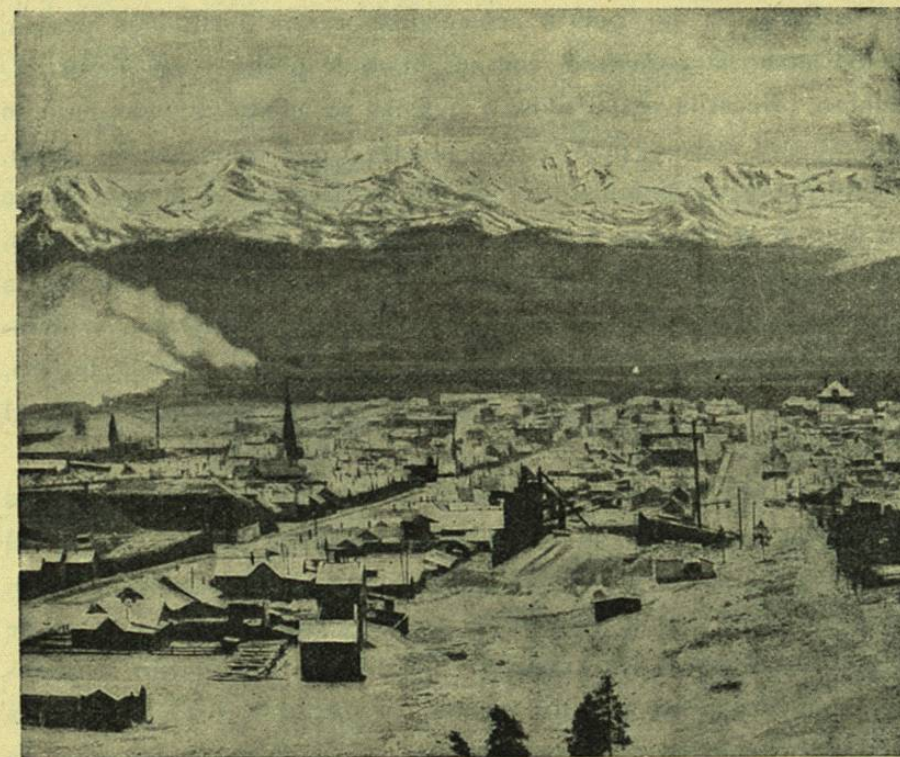
Una vez en marcha, los talleres de las manufacturas no se han detenido; sin embargo, más de una vez ha disminuido la velocidad de su carrera por las guerras internacionales y las revoluciones intestinas. Su gran desarrollo, de rapidez creciente, su vertiginoso impulso que permitía á los observadores sagaces predecir ya su

importancia futura, no comenzó hasta el siglo XVIII, en la época en que los viajes de gran navegación, escasos antiguamente, se hacían más comunes, y en que el combustible mineral ocupaba el lugar de la madera en algunas fábricas y los procedimientos industriales comenzaban á disponer de aparatos que reemplazaban el trabajo del hombre. Poco á poco llegó á ser la máquina en cada taller la divinidad central cuyos movimientos rimaban los del obrero; la hulla, extraída de las profundidades de la tierra, transforma su calórico en fuerza viva para poner en movimiento todo un inmenso organismo de palancas, bielas, pistones, ruedas, engranajes, volantes y hombres. La fuerza puesta al servicio del industrial se hace ilimitada, y los productos se amontonan para un número cada vez más considerable de consumidores. El Vulcano, que la ciencia había encadenado para que le forjara armas y herramientas, no reposa ya un momento.

En un principio la gran industria tomó un aspecto bárbaro, feroz, titánico. Las máquinas, no bien acomodadas todavía á las obras que el fabricante les pedía, tenían formas pesadas, complicadas, extrañas; colocadas en edificios que se habían construido para el trabajo á la mano y con el uso de herramientas hereditarias de escasas dimensiones, estremecían los techos y las paredes con su estruendo; el vapor, las materias carboníferas y los gases desprendidos por las fermentaciones, viciaban la atmósfera; los restos del antiguo instrumental yacían en los patios sucios y nauseabundos, y los obreros luchando entre unas costumbres inveteradas y las órdenes recibidas, producían un trabajo irregular, sin elegancia: no se hallaba ya el viejo ritmo en la cadencia de los movimientos, en la agrupación de los trabajadores, en la dirección de las obras hacia la perfección deseada. Pero sucediéndose los descubrimientos á los descubrimientos, el sistema á la rutina, pudo transformarse completamente el antiguo instrumental; los trabajadores de la industria se acomodaron perfectamente al nuevo estado de cosas, han aprendido, por decirlo así, á vivir en el fuego, en medio de las corrientes eléctricas, en el centro mismo de la lucha entre las fuerzas del caos primitivo, á dominarlas por completo, y esto sin esfuerzo, por actos tranquilos y dominadores: mueven una manivela, cambian de lugar una aguja, tocan un botón y todo cambia

á voluntad, en una medida exacta, regulando cada una de las oscilaciones del ritmo dominante.

El personal de la industria no tiene ya los mismos nombres que en los tiempos antiguos: á nuevas obras corresponden nuevos órganos. Para una tarea tradicional, que el hijo, aprendiz respetuoso,



Cl. J. Kuhn, París.

LEADVILLE, AL PIE DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS

Mina principal de plomo argentífero del Estado del Colorado.

no había de modificar, bastaba conocer las primeras materias, siempre las mismas, los procedimientos, practicados escrupulosamente como ritos religiosos, las formas preferidas por los grandes mercaderes y por los reyes, y esas formas no debían dejar de imitar las que agradaban á los antepasados. El artesano no necesitaba la iniciativa.

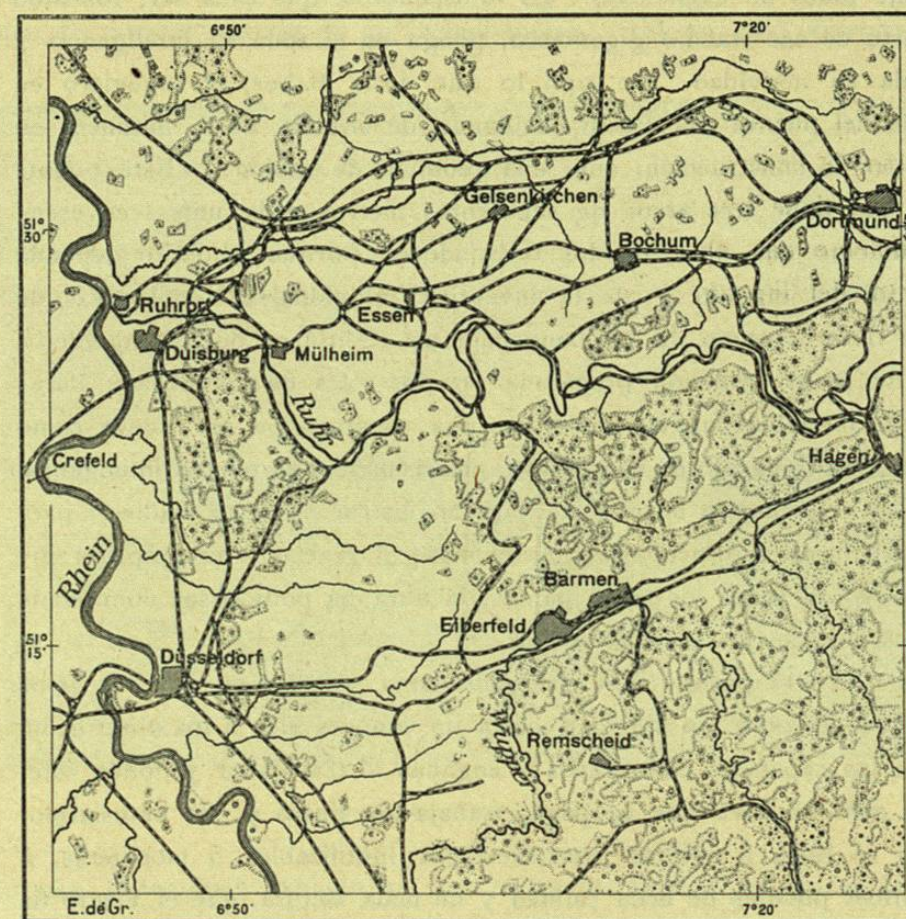
No hay duda que el oficio prosperaba más, y hasta progresaba en cierta medida cuando era ejercido por jóvenes, y sobre todo por hombres libres, pero el trabajo no se detenía cuando el propietario de la empresa le confiaba á esclavos, dirigido por capataces de con-

dición relativamente libre. La industria moderna no puede ya acomodarse á tales agentes; no que se haya hecho más compasiva que antes, en este concepto no ha cambiado, por no tener nada que hacer con el sentimiento; hasta por definición, no puede buscar más que el beneficio; pero habiéndose hecho más activa, más móvil, viéndose obligada á vivir con el siglo y á seguirle, hasta anticiparse á sus oscilaciones, no podría acomodarse á una institución pesada, inmóvil como la esclavitud, con sus hijos de pecho y sus viejos impedidos. Necesita asalariados, á quienes se admite cuando parecen dispuestos al trabajo, para la obra precisa á que convienen su fuerza, su destreza y su musculatura. Se les conserva tanto tiempo cuanto son útiles á la empresa y producen más que lo que cuestan; después, cuando son una carga, se les despide. El mes, la quincena, la semana y, en ciertos trabajos, el día solamente, representan la duración del contrato, y la lucha comienza, incesante, encarnizada, furiosa, por la tasa del salario, que el trabajador quiere aumentar y que el patrón quiere reducir.

Suelen imaginar los economistas que la división del trabajo es una de las conquistas de la industria moderna, cuando es, por el contrario, una de las condiciones esenciales de todo trabajo colectivo, y no faltó jamás en el trabajo del hombre, como tampoco en el de nuestros antecesores los animales. La división del trabajo se practica espontáneamente por los monos, las gamuzas, los gallos, hasta las carpas y muchas otras especies que, desconfiando con motivo de sus enemigos voraces y del bípedo humano, no descuidan colocar centinelas alrededor del lugar de pasto, de reposo ó de placer. El más bello ejemplo de la división del trabajo es el que dan las aves de paso, que, en su travesía del inmenso espacio aéreo, se suceden espontáneamente en el esfuerzo continuado contra el fluido resistente. Comprendida de esta manera, la división del trabajo procede de la perfecta solidaridad, la cual sólo es verdadera cuando su origen es absolutamente espontáneo y si en un trabajo colectivo cada uno escoge alegremente su parte, según sus fuerzas, su naturaleza, su capricho del momento y sus conveniencias, porque la perfección del trabajo no puede realizarse sin un acuerdo sincero de las voluntades y la adaptación mutua de las diversas aptitudes.

¡Qué admirables trabajos y, al mismo tiempo, qué fiestas de la inteligencia y del sentimiento son las obras productos del entusiasmo entre amigos que leen recíprocamente en sus ojos á qué instru-

N.º 572. Distrito industrial del Ruhr.



1: 500 000

0 10 20 30 Kil.

La aglomeración de Barmen-Elberfeld tiene más de 300,000 habitantes; Düsseldorf y Essen más de 200,000; Duisburg, Dortmund, Gelsenkirchen, Bochum y Crefeld más de 100,000; las otras ciudades indicadas en el mapa, excepto Ruhrort, más de 50,000 habitantes.

mento se ha de echar mano y qué fuerza y qué amplitud conviene dar al movimiento de sus músculos!

¿Se piensa acaso que no sean más que asalariados los obreros que en dos años, hasta en dieciocho meses, llevan á buen fin